

Jaime Benítez: actual

El “descubrimiento” reciente del archivo de Jaime Benítez en el Recinto de Río Piedras, que complementa al que guardaba en su domicilio, podrá dar cuenta y razón a cuestiones que no habían sido resueltas con anterioridad; otras, acaso, no exploradas por desconocidas.

Caza + Noticias | [Participa enviándonos tus noticias](#)

SMS: 78700 | EMAIL: 78700@elnuevodia.com

Por Emilio F. Ruiz

La labor de Jaime Benítez como Rector de la Universidad de Puerto Rico es tan mencionada como desconocida. Se ha convenido desde un principio que su gestión fue importante, incluso significativa, y también avanzada a su tiempo. Sin embargo, en más ocasiones de las deseadas, se ha dejado entrever que su “éxito” no fue tan grande y que además concurrieron condiciones tan favorables que le restan valor a sus esfuerzos; los que que a mí me parecen, sin duda, de casi inverosímil excelencia.

Benítez no quiso ser una persona ejemplar, probablemente no le importó parecerlo, por ese motivo acabó por serlo. Entre las cosas que sus adversarios nunca han comprendido es que pasara diez años de su vida ocupando, por derecho propio, un puesto de trabajo que no le correspondía por inferior. Hay que recordar que siendo abogado, con estudios finalizados de postgrado, y habiendo realizado con éxito la reválida para ejercer su profesión libremente tanto en los Estados Unidos como en Puerto Rico -quizá alguien todavía recuerde que entre los miembros del Tribunal que aquí lo examinó se encontraba el poeta Llorens Torres- decidiera ejercer de educador, su autentica vocación, la carta a la que había puesto todo.

Y por si esto no fuera suficiente, lo primero que hizo -al tiempo que solicitaba el consejo de Don Fernando de los Ríos en su exilio de Nueva York- al ser nombrado Rector de la UPR por una Junta de Síndicos legal, autorizada, independiente y con prestigio social, fue renunciar por escrito a la mitad de su sueldo y equiparlo al de otros profesionales de aquella Universidad, que muy pronto sería luminosa. Sus detractores nunca pudieron perdonar aquella lección responsable.

Sus ideas liberales, respetuosas con el adversario, prudentes con los que no pensaban como él, y decidido a convivir con su prójimo por encima de cualquier conveniencia personal, lo colocaron en el disparadero de algunos de sus compatriotas, en ocasiones de los más poderosos.

Con estoicismo español, soportó la dura carga de la soledad en una tarea que nunca sabría si era la acertada por original, la cual aceptó sacar adelante por propia voluntad y con conocimiento de causa.

Su visión del mundo hispánico en convivencia con el mundo anglosajón, más bien norteamericano, fue comprensiva e integradora, a sabiendas de que había asuntos que no eran fáciles de conjugar, principalmente por la incompreensión de los norteamericanos hacia lo hispánico, cuestión tan sólo disculpable por ignorancia.

Ayudó como pocos a que los puertorriqueños, y otros hispanos, vieran ventajas entre muchos inconvenientes de su relación con los vecinos del norte. Antes que estos trataran de hablar en español él supo dirigirse a ellos, con soltura, en su lengua.

Su colaboración fraternal, y siempre leal, con el político Luis Muñoz Marín vendría a ser otro de sus grandes aciertos. Benítez, influenciado por el nacionalismo independentista a comienzos de la década del treinta, supo adaptarse a los nuevos tiempos y estar a la altura de estos. Sus aportaciones en la elaboración teórica del Estado Libre Asociado, a su gestación y desarrollo, y su aportación al texto de la Constitución -Carta de Derechos- fue determinante. La realidad muestra la posibilidad y lo que llega a existir demuestra que era posible.

Para comprenderlo mejor hay que saber que Benítez fue un lector incansable desde niño. Su encuentro con la filosofía clásica en lenguas que no eran la suya le llevó a buscar un lenguaje filosófico en español y lo halló en Ortega y Gasset. Su relación con Ortega, alejada de toda beatería, fue vibrante y esclarecedora. Desde su primer contacto con la obra del pensador no creo que haya escrito una sola página de su vida que no fuera pensada teniendo en cuenta la filosofía de su maestro distante, o, como el prefería decir: in absentia.

No es fácil dar una explicación de la labor que realizó Benítez respecto a los exiliados españoles -como con otros de otras procedencias- víctimas de una guerra civil despiadada. En 1939, incluso antes de que la guerra concluyera, ya había caído en la cuenta de la enorme tragedia que se cernía sobre el mundo y a la que casi nadie parecía querer poner fin. Su amor por la libertad, hasta el punto que nunca permitió que se la manchara ni mancillara en nombre de ninguna causa por muy justa que pudiera parecer, es la clave de su comportamiento. Cuando supo que en España prevalecía la barbarie sobre la razón, no lo dudó. Pero también dejó claro que su comportamiento era con todos, no con algunos. Por ese motivo no sólo dio amparo y brindó ayuda a los que le eran afines sino a los que no siéndolo también la necesitaban. Benítez estaba persuadido de que el hombre tiene que hacer su vida, y para ello tiene que elegirla, y que no se le puede dar hecha ni decirle desde fuera, en nombre de nada, cómo ha de ser.

Por todo lo escrito y otras muchas cosas más, que deben ser motivo de desarrollo riguroso, Benítez se convierte en objeto vital de la investigación. El “descubrimiento” reciente de su archivo en el Recinto de Río Piedras, que complementa al que guardaba en su domicilio, podrá, cuando se lleve a cabo la investigación en curso, dar cuenta y razón a cuestiones que no habían sido resueltas con anterioridad, otras, acaso, no exploradas por desconocidas. A lo largo de la investigación han ido apareciendo indicios suficientes como para modificar estudios anteriores, aspectos relevantes, cosas que hasta ahora se daban por seguras y que no lo son tanto, aportaciones modestas que pueden hacer

inteligible una historia que no se ha librado de la manipulación más o menos intencionada. Es empeño nuestro sacar a la luz una documentación que hasta ahora nadie había podido ver en su conjunto, y con ella construir de manera sistemática una narración, elaborar lo más fielmente posible una historia, en la que todo sea probado y justificado.

La Universidad de Puerto Rico, gracias a la generosidad de Margarita Benítez Martínez, es desde hace unos meses propietaria material de un legado significativo de incalculable valor, del que se podrán beneficiar los universitarios y aquellos puertorriqueños que lo quieran. El gesto de Margarita merece gratitud.

El autor es historiador e Investigador Histórico del Archivo Jaime Benítez en la Universidad de Puerto Rico.

http://www.elnuevodia.com/diario/noticia/revistas/revistas/jaime_benitez:_actual/447865